

ambos se estrechan mutuamente; ambos... Oh! No es posible describir la tierna y edificante escena que en aquellos primeros instantes ofrecieran aquellos dos ángeles del desierto. Suscítase entre ellos una piadosa contienda sobre cuál de los dos había de echar la bendición al otro. Juan de Mata se excusaba por respeto á la edad y virtudes de Félix; este lo rehusaba en atención á la santidad y sabiduría de Juan; y postrándose uno y otro sobre la tierra, protestan no levantarse hasta haber sido bendecido cada cual por su compañero. Al fin venció la humildad de mi excelso patriarca san Félix, y el ilustre doctor de Paris hubo de ceder á la obediencia, echando su bendición al venerable solitario de Meaux.

Pasadas estas primeras expansiones de santa caridad, mi insigne patriarca san Félix pensó en ocuparse seriamente en los medios de realizar el gran designio á que era llamado. Jamas como entónces conoció la gran necesidad de invocar en su auxilio el espíritu de la verdadera sabiduría que presidiera siempre á todas sus acciones. La oración mas ferviente era su comun ocupación. Allí derramaba en presencia de su Dios continuas lágrimas, lágrimas preciosas de humildad arrancadas por la opinión que tenía de su bajeza y de su inutilidad para un designio tan sublime como el que el cielo le manifestaba. El espíritu del mundo orgulloso y arrogante no duda acometer las empresas mas difíciles, porque se considera mas de lo que es, porque se aprecia en mas de lo que vale; cree poderlo todo, porque todo es en su concepto menor que sí mismo. El espíritu de Dios, por el contrario, espíritu de humildad y de desprecio de sí mismo, teme arrojarse á las grandes empresas, porque recela no poder realizarlas sin una asistencia particular de aquel de quien únicamente depende el obrar y el perfeccionar, segun la expresión del Apóstol. Por eso mi excelso patriarca, como el caudillo de los hebreos, no cesaba de clamar al Señor y decirle: «¿Quién soy yo, Dios mio, para atreverme á ir á libertar á vuestro pueblo de la cautividad?» ¿Quién soy yo para tomar sobre mis hombros una carga tan superior á mis débiles fuerzas? Pero el Señor que á tan alto destino le llamaba, tenía dispuesto manifestarle expresamente su voluntad con prodigios y maravillas estupendas.

Tiempo hacia que los dos santos solitarios habían empen-

dido un sistema de vida angelical, capaz de asombrar á los mismos moradores del cielo. Celebraban el tremendo sacrificio del altar con una piedad y un fervor mas que de hombres mortales. Cantaban las divinas alabanzas con una reverencia y ternura tal, que parecían dos espíritus de aquellos que de continuo asisten ante el trono del Cordero. No había para ellos día ni noche, porque su oración jamas se interrumpía; y si alguna vez dormitaban sus ojos, velaba aun entónces su corazón. Paso en silencio los rigores de su penitencia: los antiguos moradores de Egipto y Tebaida hubieran hallado motivos de asombro en las austeridades de mis dos santos patriarcas. Llegó pues un día en que el cielo resolvió darles á entender que no podía diferirse por mas tiempo la ejecución de los designios del Altísimo. Conversaban los dos santos solitarios al pié de una fuente acerca de las gracias que el Señor se había dignado dispensarles. San Juan de Mata refería á san Félix la insigne visión que había tenido en su primera misa, cuando en el momento de la elevación de la sagrada hostia, se le apareció en el aire un ángel bajo el aspecto de un bizarro jóven vestido de blanco, sobre cuyo pecho se dejaba ver una cruz roja y azul, y que á su lado tenía dos cautivos oprimidos con pesadas cadenas, que levantaban sus manos en ademán de suplicarle que los libertase de su esclavitud. San Félix refería á su vez á san Juan de Mata la especial providencia con que Dios le había mirado; el modo con que su Majestad le sacara de la Babilonia del mundo y le condujera á la soledad; las luces sobrenaturales que allí había recibido, como le había sido manifestado en un raptó misterioso que había de venir á buscarle al desierto, para que ambos de consuno se preparasen á la grande obra de la redención de los cautivos. Así confabulaban mis dos santos patriarcas, cuando hé aquí que de repente se aparece delante ellos un corpulento ciervo, que saliendo de la espesura del bosque, se dirigía hácia la fuente. Fijan su vista en aquel animal, y ¡cuál fué su sorpresa al ver entre sus astas una cruz igual á la que en el ropaje del ángel viera mi padre san Juan de Mata en su primer sacrificio! Ah! Entónces ya no dudaron un momento de la voluntad suprema del cielo; entónces se culpaban de morosidad por haber retardado tanto tiempo la ejecución de los designios de Dios; entónces animándose mutuamente á dar principio á la



gloriosa obra de la redencion de los cautivos, en nada pensaban sino en disponer los medios conducentes á este fin.

Ya mi ínclito patriarca san Félix de Valois ha dado las órdenes convenientes para conservar el fervor de la disciplina monástica entre los numerosos alumnos que de todas partes han concurrido á aquel desierto, atraídos de la fama de sus virtudes y milagros; ya ha establecido un superior que dirija durante su ausencia á aquellos ángeles de la soledad, de quienes vá á separarse por algun tiempo en cumplimiento de los designios del cielo; ya ha estrechado entre sus brazos á aquellos hijos á quienes engendrara en Jesucristo, y les ha dejado entre sus suspiros y cariñosos afectos los mas sublimes documentos de virtud; nada le resta sino emprender el camino hácia la ciudad santa en compañía de su ilustre cooperador, para obtener el beneplácito de la silla apostólica para el nuevo instituto que se propone fundar. Parten pues de la soledad; caminan hácia los Alpes; el espíritu de Dios es quien alienta la debilidad de mi excelso patriarca san Félix. ¡Oh qué espectáculo tan enternecedor era ver aquel anciano de setenta años, á quien los ayunos, las austeridades y los trabajos habian reducido á un estado de extenuacion la mas prodigiosa, trepar riscos, subir montañas, atravesar bosques, lleno siempre de una inalterable alegría, sin jamas quejarse ni de los rigores de una estacion cruda y lluviosa, ni de las incomodidades inseparables de un viaje largo y penoso, cual si su alma fuese inaccesible á las miserias comunes de la humana naturaleza! Pero mas de todo punto me pasma, católicos oyentes, aquella profunda humildad con que en todo se sometia á la direccion de su santo compañero, reconociéndole como superior y rindiéndole los homenajes del mas ínfimo súbdito. ¡Oh sabiduría del cielo! Tú habias inspirado á mi excelso patriarca san Félix una santa aversion á las honras y vanidades del siglo; tú le habias hecho despreciar los fastuosos títulos y los timbres ilustres de los Vermandois, Champagnes y Valois; tú le habias hecho marchar impávido sobre los cetros y las diademas, y trocar las flores de lis por las espinas y la cruz del Salvador; y tú eres la que ahora le haces ambicionar el abatimiento, correr tras la humillacion, buscar los desprecios, y espiar todas las ocasiones de aparecer ignorante, sencillo, rústico é indigno de la menor consideracion.

Cuando yo contemplo, señores, á mi excelso patriarca que contaba cincuenta años de soledad, en la que una vida en todo celestial le habia hecho familiar con los ángeles y aun con el mismo Dios; en quien los merecimientos se contaban por los instantes; á quien los mas asombrosos milagros le hacian tener por un ser mas que humano; y que no obstante se humilla hasta no dar un paso que no sea dirigido por la mas puntual obediencia á san Juan de Mata, jóven entónces, y que por inspiracion divina le habia buscado en el desierto para aprender de él los documentos de la vida espiritual; mi corazon no puede ménos de experimentar sentimientos que no me es posible describir. Su grandeza me parece superior á todo encarecimiento; su santidad un prodigio; su vida en fin lo mas perfecto de la divina sabiduría.

Tiempo es ya empero de considerar á mi ilustre patriarca san Félix trabajando por la gloria del Señor en la institucion del orden de la santísima Trinidad para la redencion de los cautivos. Vedle como llegado á Roma se presenta con su santo compañero, mi gran padre san Juan de Mata, al sumo pontífice Inocencio III que á la sazón regía la nave de san Pedro. ¡Qué edificante apareció ante aquella corte de Roma su humildad profundísima! Él es un Moises enviado por Dios para tratar de la libertad de un pueblo que padece bajo el yugo de los tiranos; pero manso y modesto como él, deja á su nuevo Aaron que sea el intérprete de los divinos designios, sin osar desplegar sus labios para proferir una sola palabra. Mas ¡oh elocuencia maravillosa del silencio de los santos! Miéntras que mi ínclito patriarca san Félix dejaba á su compañero el cuidado de hablar al soberano pontífice acerca del importante asunto de la nueva institucion, los ojos del pastor universal hallaban en la postura humilde y encojida de aquel anciano, un cierto aire de dignidad que le encantaba, y un no sé qué de grande y prodigioso que le movió á pedir explicaciones privadas á san Juan de Mata acerca de su santo compañero; é instruido por él acerca de su nacimiento, cualidades y santidad asombrosa, no pudo ménos de engrandecer la bondad divina que tan admirable se manifestaba en su siervo.

Con tan felices precedentes, la institucion del nuevo orden fué desde luego mirada como un pensamiento dictado por el cielo. Dios mismo quiso dar un testimonio inequívoco de que



él se lo habia inspirado á mis excelsos patriarcas, renovando en Roma los prodigios con que en Paris se dignara inaugurar este grandioso pensamiento. El soberano pontífice Inocencio, celebrando en la Basilica de san Juan de Letran, tuvo una vision semejante á la de san Juan de Mata. Vió el ángel con los cautivos á su lado; vió la cruz roja y celeste que adornaba su cándido ropaje, y en su consecuencia, no pudiendo ya dudar de la voluntad divina, aprobó nuestro sagrado instituto, bajo la denominacion de órden de la santísima Trinidad de la redencion de cautivos; y vistiendo por sus propias manos á mis dos santos patriarcas el celestial hábito, segun el modelo del que el ángel trajera del cielo, les exhortó á trabajar constantemente en propagar una institucion que no reconocia otro autor fuera del mismo Dios.

¡Con qué fervor se consagraron á tan preciosa obra mis insignes patriarcas! No bien regresaron á Francia, su primer pensamiento fué zanjar los fundamentos del primer convento de la órden en un sitio llamado Ciervofrío, de que gratuitamente les hiciera donacion la piedad de los fieles. Allí fué donde se derramaron las primeras semillas de aquel árbol frondoso que en la sucesion de los tiempos debia extender su ramaje por casi todo el universo. Allí fué donde se meditó y redactó aquella regla celestial, cuya observancia ha producido resultados tan preciosos para la religion y para la iglesia. Allí fué donde se lanzó el primer grito de libertad para los infelices cautivos que gemian en las mazmorras de África. De allí salieron los primeros héroes de la caridad mas heróica para llevar al seno de la desgracia el consuelo, el alivio y la ventura. Dejémos pues á nuestro ínclito Juan de Mata volver á Roma para impetrar de la silla apostólica la confirmacion de la regla primitiva; dejémosle brillar como astro luminoso ya en los reinos de Dalmacia y Dioclia, ya en España é Italia, promoviendo por donde quiera la gloria de la Trinidad beatísima, engendrando nuevos hijos á Jesucristo y multiplicando prodigiosamente los establecimientos de nuestro celestial órden; dejémosle lanzarse en las aguas, atravesar los mares é ir á sacar del cautiverio millares de víctimas que gimen en poder de los enemigos de la fe; fijemos nuestra consideracion en mi excelso patriarca san Félix, y contemplémosle en Ciervofrío apacentando con su doctrina y ejemplos aquella nueva grey de Jesucristo, y multipli-

cando sus trabajos para fomentar la gloria de la santísima Trinidad, y formar dignos cooperadores de la grandiosa obra de la redencion de los cautivos. ¡Con qué perfeccion sabia hermanar la vida retirada y contemplativa con la actividad y celo que exigian los asuntos del celestial instituto á que se habia consagrado! Véiase precisado á tratar frecuentemente con toda clase de gentes; pero en medio de las mas complicadas ocupaciones, su corazon jamas se apartaba de Dios, á quien estaba unido por medio del amor mas perfecto. ¡Cuántas veces se vió su humilde morada llena de personajes célebres que de todas las provincias de la Francia concurrían á ella, llevados por la grande opinion de santidad que tenían de su ilustre superior, los unos para consultarle acerca de los gravísimos asuntos de su conciencia, los otros para proponerle los medios de verificar nuevas fundaciones, y todos quedaron maravillados no ménos de su trato afable, cortes é insinuante, que de su abstraccion y recogimiento interior! De aquí procedía aquel ascendiente prodigioso que ejercía sobre cuantos se acercaban á él, quedando muchos prisioneros de su virtud con una sola mirada suya, con una sola expresion, con un solo movimiento, porque todo en él respiraba caridad, amor y santidad. De aquí el multiplicarse con tanta rapidez los alumnos del nuevo instituto, que en pocos años se vió convertido el monasterio de Ciervofrío en un vasto y caudaloso rio de donde se derramaban sin cesar por todas partes las aguas benéficas de la perfeccion evangélica y de la misericordia para con los enfermos, menesterosos y cautivos.

Admirable era por cierto ver á mi excelso patriarca san Félix, que guiado por el espíritu de la verdadera sabiduría se habia sepultado desde sus tiernos años en la mas espantosa soledad, salir ahora de ella dirigido por el mismo espíritu, volar por todas partes, interesar á los grandes y poderosos en favor de los cristianos cautivos, recoger limosnas, exhortar á los fieles á contribuir con sus oraciones y sacrificios á este laudable objeto, y no descansar un solo momento, ocupado de continuo en dar el mas generoso impulso al sublime instituto de la redencion. Testigos son de su incansable celo los reinos de Francia, Flándes y otros muchos de Europa en donde por medio de sus hijos propagó extraordinariamente su órden de la santísima Trinidad, cuyos trabajos y servicios han sido reconocidos por



todo el mundo, y apreciados como del mayor interes. Testigos las innumerables redenciones que despues se hicieron en Túnez, Argel y otros países bárbaros, en las que los hijos de mi ilustre patriarca desarrollaron una caridad que ha sido calificada de lo mas sublime y heróico de la virtud, por los reyes, por los grandes, y por la misma silla apostólica.

Pero tiempo es ya, señores, de abreviar el fin de un discurso que tal vez se ha alargado mas de lo que el tiempo exigia. Apresurémonos á recoger los últimos suspiros de mi ilustre patriarca, que ya cargado de años y colmado de méritos se acerca el termino de su peregrinacion. Nada nos es posible decir de los combates que sostuvo contra el enemigo comun, de los triunfos que consiguió y de los insignes trofeos que le arrancó de las manos. Omitir debemos las gracias con que el Señor le enriqueció, los dones sobrenaturales que le comunicó, los milagros con que le honró y las celestiales comunicaciones que le hizo. No callaré empero el favor extraordinario que recibió de la Virgen de vírgenes en premio de su cordialísimo afecto hácia esta divina señora. Érase la vigilia de la Natividad de María santísima. Estaba mi excelso patriarca orando como lo tenia de costumbre delante de su altar. Su alma abrasada en el amor de tan dulce madre, enterneciase sobre manera contemplando las glorias de su dichosísimo nacimiento, cuando hé aquí que repentinamente se vió rodeado de una luz brillantísima, y vió descender á la Reina de los cielos entre un numeroso grupo de ángeles, que vestidos de blanco traían como ella sobre sus pechos la cruz celeste y encarnada de nuestro orden, y colocándose en las sillas del coro, entonaron juntos con él las divinas alabanzas. ¡Qué afectos experimentó entónces el corazon de mi ilustre patriarca! ¡Qué expansiones de gozo y de celestial recocijo inundaron su espíritu! Ah! Desde aquel momento ya no perteneció mas á la tierra. María le habia anunciado su próximo tránsito á la morada de los justos, y todo su ser estaba como identificado con la eternidad. Los momentos se acercan. Ya está en su lecho de muerte. Vedle rodeado de sus queridos hijos que con el llanto en los ojos y la amargura en el corazon, se lamentan de su horfandad y le ofrecen el postrer tributo de su amor. El santo patriarca los consuela, los anima, los exhorta á la caridad con los pobres, con los enfermos y con los desgraciados cautivos. Déjales en testamento los mas pre-

ciosos documentos de virtud. Nada les encarga con mas interes que la perfecta observancia de su regla, y que no perdonen medio alguno por llevar á cabo el gran pensamiento de la redencion, y la propagacion de su naciente orden. El instante definitivo de su vida es llegado; levanta sus ojos moribundos hácia el cielo, los vuelve á cerrar, y espira en el ósculo santo del Señor para vivir en la mansion perpetua de los bienaventurados.

¡Honra y prez á mi excelso patriarca san Félix, que dirigido por el espíritu de la verdadera sabiduría, supo triunfar del mundo y de todos sus encantos, viviendo en la mas profunda abnegacion, y por el mismo espíritu inspirado, no dudó sacrificar su solitario reposo por consagrarse á la gloria de Dios y al servicio de sus prójimos! Jamas el cristianismo olvidará los grandes servicios que el ilustre solitario de Meaux ha prestado á la religion y á la humanidad. Ese orden insigne de que fué padre y fundador, es un monumento perpetuo de su heroísmo. Sus hijos, si bien hoy dia dispersos y errantes fuera de sus sagrados asilos, publican y publicarán donde quiera, que su santo patriarca fué un varon escogido por Dios para desenvolver un pensamiento grande, sublime, altamente social, eminentemente humanitario. Así lo han reconocido los reyes, los príncipes, el sacerdocio, el pueblo, la Europa, el mundo todo. No hay rincon alguno del universo en donde no se hallen recuerdos gloriosos de ese grandioso instituto que tantas lágrimas ha engujado, tantos hijos ha devuelto al seno de sus madres, tantos esposos ha vuelto á unir con sus esposas, y tantos cristianos, en una palabra, ha libertado de la esclavitud temporal y eterna.

Á ti, oh mi excelso patriarca san Félix, á ti se deben en gran parte todos estos beneficios. ¡Dichosos los que hemos tenido la suerte de militar bajo tu sagrada enseña! Nuestras almas se engrandecen al recordar que pertenecemos á un orden que ha sido calificado por la iglesia de obra de la omnipotente diestra. En este dia consagrado á celebrar tus glorias, séanos permitido publicar nuestra gratitud al Dios que con bondad tanta nos segregara del mundo para asociarnos al número de tus hijos. ¡Plegue al cielo que lo seamos en la imitacion de los heróicos ejemplos que nos vinculaste, y en especial de tu caridad ardiente y de tu celo incansable por la gloria de la Trinidad bea-



tísima y el bien de la afligida humanidad. Escucha nuestros ruegos, atiende á nuestras plegarias, déjate mover de nuestro llanto. Sí, lloramos, oh padre amantísimo, porque arrancados por la huesuda mano de la revolucion del seno de nuestra madre, nos vemos huérfanos y abandonados, sin hogar ni asilo en donde fijar nuestro pié. Lloramos, porque este dia nos recuerda los días venturosos en que cantábamos tus alabanzas bajo la techumbre de nuestra amada Sion, y hoy, en medio de esta infiel Babilonia solo nos es permitido lanzar sentidos lamentos sobre los escombros del templo santo que nos cobijaba. De ti pues esperamos el consuelo en nuestra afliccion, la resignacion en nuestros trabajos, la fidelidad en el servicio del Señor, la perseverancia en la virtud, únicos bienes que pueden proporcionarnos paz en esta vida, y en la otra la bienaventuranza de la gloria.

## SERMON

### DE SAN FERMIN, OBISPO Y MÁRTIR.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

TENEMOS EN SAN FERMIN UN MAESTRO DE LA VIRTUD Y JUSTICIA,  
Y UN PROTECTOR PODEROSO.

*Et filii Sion exultate et lætamini in Domino Deo vestro : quia dedit vobis doctorem justitiæ, et descendere faciet ad vos imbrem matutinum et serotinum.*

Y vosotros, hijos de Sion, gozaos y alegraos en el señor Dios vuestro, porque os dió el doctor de la justicia, y hará descender á vosotros lluvia temprana y tardía.

*Joel, c. 2. v. 23.*

Es tal la misericordia y bondad de Dios para con los hombres, que no se olvida de ellos para siempre ni los abandona en sus miserias y pecados; sino que despues que castiga como Padre, envía su bendicion y sus consuelos. Alegraos, pues, hijos de Sion, decia por esto el profeta Joel á su pueblo, despues de haberle anunciado los males con que habia de afligirle el Señor justamente irritado; alegraos y saltad de gozo, y ved que por fin lleno de piedad perdonó á su pueblo, salió á la defensa de los suyos, dejaron de ser el oprobio de los gentiles, envió abundancia de pan, de vino y de aceite, y os dió un maestro y doctor que os instruyese en la verdad y la justicia, y que lograsede que cayese sobre vosotros el rocío de la mañana y de la tarde: *Filii Sion exultate et lætamini in Domino Deo vestro : quia dedit vobis doctorem justitiæ, et descendere faciet ad vos imbrem matutinum et serotinum.*

Nuestro pueblo, hermanos míos, gemia en la oscuridad del gentilismo y nuestros altares sostenian el inundo y execrable peso de los ídolos. Las costumbres eran correspondientes á los